

de su alma, por de pronto se turbó; despues quiso responder, pero ya habia desaparecido el que le interrogó. Por lo demás, el religioso quedó persuadido de que ese personaje no podia ser otro que san José, el cual gusta de ser invocado, y de que se tenga confianza en él, sobre todo en las ocasiones peligrosas para la virtud que le fue tan singularmente amada. El P. Barri cita el ejemplo de dos personas jóvenes y muy virtuosas que, expuestas á semejantes tentaciones, invocaron á san José, y debieron á su proteccion verse libres de ellas.

CAPÍTULO V.

Proteccion de san José sobre sus devotos siervos, en lo que toca á la vida y á la salud del cuerpo.

Desde que san José fue colocado por Dios á la cabeza de su sagrada familia no hay padre que no deba honrarle especialmente, y recomendarle los intereses de su familia. Sin duda que los hijos son los ornatos mas preciosos de una casa cristiana, y su educacion esmerada debe ser el mas importante nego-

Desaparació á estas palabras, deíéndolas col-

cio de los padres. Para conseguir esto acudan los padres á san José, pero con tanta mas confianza, cuanto que es cierto que al tomar el cuidado de velar sobre la santa infancia del Salvador se encargó al mismo tiempo de vigilar en custodia de todos los hijos de la Iglesia, redimidos con su sangre. Hé aquí un ejemplo: El año 1631 se abrió en el monte Vesubio un inmenso cráter, de donde salió tal diluvio de fuego y de cenizas que, á semejanza de un rio que se desborda, la encendida lava cubria las comarcas vecinas, y en particular el lugar llamado la *Torre del griego*. Habia en este lugar una mujer, cuyo nombre era Camila, muy devota de san José, y tenia en su casa un sobrino, niño de cinco años, que se llamaba José. Para escapar del rio de fuego tomó al niño en sus brazos, y echó á correr. Pero seguida de cerca por la lava, y encontrando el paso cerrado por una grande roca que se avanzaba sobre el mar, se vió expuesta al doble peligro de ser alcanzada y consumida si se detenia, ó de ahogarse si daba un paso adelante. En este crítico momento la pobre mujer se acuerda de su protector. «San José, exclama, yo

«os recomiendo á vuestro pequeño José; á «Vos toca salvarlo.» Dichas estas palabras, y no perdiendo tiempo, coloca al niño sobre la roca, y atrevidamente salta hácia el lado del mar. El salto fue de los mas felices; en lugar de caer en las olas, como debia suceder, quisiera ó no quisiera, cayó sobre la arena, sin hacerse daño alguno. Ella se habia salvado; pero su pena fue muy grande al acordarse del niño que dejó á merced de las llamas: corria de un lado á otro como fuera de sí, deplorando su desgracia. Repentinamente oyó que la llamaban por su nombre: era la voz de su pequeño y querido sobrino que venia á encontrarla lleno de vida y muy gozoso. «¡Oh Dios! exclama Camila estrechándole en sus brazos, ¿quién, «pues, querido hijo, ha podido libertarte de «las cenizas que te iban á sofocar, y del fuego que debió consumirte?» El niño riéndose respondió: Fue san José; san José, á cuya guarda me dejásteis, me tomó por la mano, y me condujo hasta el paraje en que me veis. Entonces la piadosa Camila se pone de rodillas, llorando de alegría, para dar gracias á su amable protector por los dos milagros que

á la vez acababa de hacerle, preservando á su sobrino de las llamas que iban á alcanzarle, y á ella misma de las olas en que debió naturalmente caer y perecer.

Entre los ejercicios de piedad que se practican en honor de san José hay uno muy conocido, que consiste, como lo veremos en otra parte, en meditar los siete dolores y los siete gozos de su corazón. Este ejercicio debió su origen á un acontecimiento de los mas célebres, y que no ha sido olvidado por ninguno de los historiadores del Santo. Hélo aquí. Dos religiosos franciscanos navegaban por las costas de Flandes, cuando se levantó una tempestad horrible que sumergió el buque con trescientos pasajeros que llevaba. Los dos religiosos tuvieron la presencia de ánimo de asirse de una tabla del barco, y sostenerse así sobre las irritadas olas; pero ¿quién podrá explicar sus angustias, teniendo sin cesar ante sus ojos la muerte y el inmenso sepulcro que les amenazaba con su profundidad? En una situación tan espantosa, por mucho cuidado que tuviesen de permanecer asidos á su tabla, sintiendo que se debilitaban sus

fuerzas, temian que se les escapase al fin, y ¿cuál sería su suerte? Ellos siempre habian tenido una particular devocion á san José; se encomendaron á él, como que era su verdadera tabla despues del naufragio y la estrella de la salud. Al cabo de tres dias el Santo vino á socorrerles: les apareció en pié sobre la tabla que los sostenia, bajo la forma de un jóven lleno de gracia y majestad; les saludó con el aire mas afable; esto fue bastante para llenar su corazon de un inexplicable consuelo, y comunicar á sus miembros un vigor milagroso. Despues de esto, haciendo el oficio de piloto, los guia al través de las ondas, y los pone en la playa. Una vez ya en tierra, los religiosos se arrojaron de rodillas para dar gracias al Señor. Despues manifestaron su agradecimiento al jóven desconocido; rogándole con instancia les dijese su nombre. «Yo soy José,» les respondió. Luego les manifestó los siete dolores y los siete gozos que habia experimentado en su vida mortal; les hizo entender cuán agradable le sería que se meditaran, y lo que deberian esperar de su proteccion los que lo hicieran.

Desapareció á estas palabras, dejándoles colmados del gozo mas vivo y mas puro que jamás gustaran en su vida.

La ciudad de Lyon ha sido singularmente favorecida de san José; ha obrado en ella tantas maravillas, que bien habria para llenar un volúmen. El P. Barri ha recogido cierto número; nosotros solamente citaremos algunas de las mas notables. La hermana Juana de los Ángeles, priora de las Ursulinas, cayó enferma de una pleuresía, con una violenta fiebre y dolores intolerables. Los remedios que se le aplicaron no le dieron alivio alguno, y reducida al último extremo, solo esperaba la muerte. Un dia en que la fuerza del mal la habia privado del uso de los sentidos exteriores, empero sin quitarle el conocimiento interior y la libertad del alma, vió á san José, su protector querido, que descendia del cielo con un aire de bondad, presagio de una insigne gracia. Su celda se transformó en un pequeño paraíso. La enferma vió en medio de una nube resplandeciente á un jóven de gracioso aspecto, ricamente vestido, que llevaba en la mano un cirio encendido, y entendió que era su An-

gel de guarda. Despues de él apareció el glorioso patriarca san José, mas brillante que el sol, y rodeado de una majestad incomparable; su aspecto no anunciaba la ancianidad, sino una edad madura. Desde luego el Santo arroja sobre Juana de los Angeles una mirada llena de dulzura; le dirige despues la palabra, la exhorta á perseverar con constancia en los piadosos homenajes que le ha tributado, y al fin le otorga la salud. Repentinamente desapareció la vision, y al mismo instante, encontrándose la religiosa perfectamente curada, abandona la cama y se viste. Entre tanto se anuncia la venida del médico, y ella sale á su encuentro, dejándole inmoble de sorpresa, cuando ve llena de vigor y salud á la que esperaba encontrar ó muerta ó moribunda. Por su parte ella tributa á san José las acciones de gracias que le eran debidas, y se esfuerza por merecer nuevos beneficios por un aumento de devocion hácia él.

Durante la peste que afligió la ciudad de Lyon en 1638, un crecido número de personas fueron ó preservadas ó curadas por la intercesion de san José. Por abreviar solo ci-

tarémos dos casos. Un abogado del parlamento del Delfinado, que se encontraba en Lyon, vió á uno de sus hijos, de siete años de edad, herido por la peste con todos los signos que presagiaban una próxima é inevitable muerte. Este cristiano padre no perdió su valor, se dirige á san José, y le promete, si alivia á su hijo, asistir á la misa en su iglesia por espacio de nueve dias, encender en su honor algunos cirios, y en fin colocar una presentalla ó *ex-voto*, cuya inscripcion recordase el beneficio debido á su intercesion. Entre tanto los médicos visitaron al jóven apestado, y le encontraron en situacion tan deplorable, que ordenaron que al momento fuese conducido al lazareto, opinando que apenas viviria dos horas. La órden se ejecuta, pero al llegar al lazareto, súbitamente se encuentra el niño aliviado; y el padre lleno de reconocimiento á su glorioso bienhechor se apresura á cumplir el voto que le habia hecho.

Otro niño de la misma ciudad, llamado Martin, fue igualmente herido de la peste. Su madre desolada ya le lloraba como muerto, cuando le aconsejaron que encomendase

á san José al niño que solo contaba cuatro años de edad. «¡Oh! sí, respondió ella, lo recomendaré á san José con tanta mas razón, quanto que puntualmente amaneció el «dia de su fiesta.» Y al momento comenzó á invocarle. Sin embargo su padre, que dos horas despues vino á ver al pequeño enfermo, le encontró en un tan triste estado, que lo creyó perdido sin remedio, y lo advirtió á su mujer. Esta en efecto reconoció que parecia que ya tocaba á su última hora. No por esto perdió el valor; y postrada á los piés de la cama continuó su oracion al Santo. Aun no habia acabado de orar, quando repentinamente el moribundo pidió de comer, despues levantarse... y luego estaba enteramente sano. La madre, llena de gozo y de reconocimiento, ofreció al altar de san José un pequeño cuadro en que estaban representadas la enfermedad y la curacion de su hijo. Este milagro aumentó singularmente la confianza y la devocion pública, y vino á ser el principio de una multitud de gracias no menos maravillosas que el Santo se complació en derramar sobre la ciudad.

Las religiosas Agustinas de Amberes te-

segundo novenario de mortificaciones y ac-

nian, segun dijimos en otra parte, en lo interior de su monasterio una capilla de san José, famosa por su belleza, y mas todavia por las gracias que en ella dispensaba este gran Santo. Entre estas religiosas habia una que se llamaba Isabel, que hacia tres años estaba enferma del mal de piedra; sus dolores eran tan agudos, que le causaban una ardiente fiebre, y la hacian caer en desmayos. Los médicos, por su parte, juzgaban que la piedra era demasiado grande para ceder á los esfuerzos del arte; y desesperando de la curacion, dejaron á la enferma por muerta. Ella, destituida de todo socorro humano, los busca mas eficaces en el cielo; y como siempre habia sido devota de san José, se dirigió luego á él. Se ciñe los riñones con un cinto bendecido bajo su invocacion; solicita además y obtiene de la superiora el permiso de hacer tantas oraciones, mortificaciones y votos quantos juzgará convenientes para hacerse mas digna de los cuidados del médico celestial que habia elegido. No cesa ni de dia ni de noche de rogarle y hacer que otros le rogasen. Quanto mas se entrega á este santo ejercicio, mas se aumenta la confianza de su

— 198 —

corazon, al extremo que un dia no temió decir á la priora: «Sí, madre, yo me aliviaré; «estoy segura de que con el auxilio de san Jo- «sé pronto pondré en vuestras manos esta «piedra que me atormenta.» Continué solicitando su curacion, y siempre con nuevo fervor, cuando el dia 10 de junio de 1659, desfallecida de dolores en los brazos de sus compañeras que llorando la sostenian, se deja caer de rodillas ante la imágen de san José, y le suplica que la alivie. Entonces repentinamente cesó de sufrir; y al mismo tiempo se sintió descargada de una piedra casi tan gruesa como un huevo, y ella misma la entregó, como lo habia dicho, en manos de la superiora. Despues fué con sus hermanas á dar á su libertador celestial las acciones de gracias que le eran debidas por tan insigne beneficio. La piedra pesó tres onzas; y para perpetuar la memoria del milagro, se colgó ante el altar del Santo. Entre las personas que acudieron á verla hubo un médico hereje que ingénuamente confesó que semejante curacion no podia dejar de ser milagrosa.

El esplendor de este prodigio reanima la confianza de una pobre madre, cuyo hijo de

segundo novenario de mortificaciones y ac-

edad de cuatro años estaba reducido al último extremo por los dolores del mal de piedra. Los médicos juzgaban que era necesario venir á la operacion de extraer la piedra; pero la madre, que solo de san José esperaba la vida del niño, corrió á su capilla, y despues de habérselo encomendado con muchas lágrimas, volvió á su casa. El enfermo, á quien habia dejado casi moribundo, habia experimentado los efectos de su fervorosa oracion; lo encontró sin dolores, y lleno de vida y de salud.

En el monasterio de Santa Isabel de Lyon una religiosa, cuyo nombre era Margarita Rigaud, cayó de un lugar muy alto, y se lastimó terriblemente, quedando sin conocimiento, y arrojando sangre por la boca, la nariz y las orejas. Sin embargo, á fuerza de cuidados y de remedios escapó de la muerte; pero quedó con una debilidad tal en la cabeza, y sobre todo en los órganos de la misma, que por muchos meses estuvo imposibilitada de apoyarse sobre su almohada: además sus facultades mentales habian sufrido al extremo de hacerla incapaz de poder aplicarse ó fijarse en nada. Consultados los mé-

dicos y cirujanos, convinieron en que no habia otro medio de salvarla que la operacion del trépano. Á esta nueva, la enferma se estremece; y por compasion se creyó prudente contemporizar con ella algunos dias. Entre tanto la superiora, inclinándose á un partido mas dulce y al mismo tiempo mas seguro, mandó á todas las hermanas que hiciesen nueve comuniones en honor de san José. Comienza el novenario; mas los dolores continuaron en hacerse sentir con la misma violencia, de manera que acercándose el dia de la última comunión, algunas hermanas, que desesperaban del socorro de san José, se propusieron sustituirle con san Anselmo, á cuya proteccion tenian costumbre de recurrir en esta clase de accidentes. Pero otra hermana muy aficionada á san José no pudo sufrir esta especie de afrenta que se le iba á causar; y con todo el fervor de que era capaz se puso á suplicarle que él solo hiciese esta curacion; representándole que iba su honor de por medio, si dejaba que otro hiciese el milagro que se le pedia; y, en fin, que la misma enferma, si recobraba la salud, no dejaria de pagarle esta gracia con un

segundo novenario de mortificaciones y acciones de gracia. Mientras que la hermana reunia ruegos á ruegos, instando á José de dia y de noche, repentinamente, y al momento menos pensado, hé aquí que la enferma se siente aliviada. Estaba sola; pero en el exceso de su alegría salta de la cama, se viste precipitadamente, y echa á correr por la casa, toda fuera de sí, gritando á voz en cuello: «¡Milagro, milagro! San José me ha curado.» Los efectos probaron bien que lo estaba perfectamente; porque diariamente asistia al coro, rezaba el oficio divino con las religiosas, siendo así que antes su cabeza no podia soportar ni el oír la salmódia. Volvió de nuevo á todos sus empleos y ocupaciones con un vigor que no dejaba sospechar que alguna vez hubiese estado enferma. En fin, para colmo del favor, no contento san José con haberle vuelto una perfecta salud, le alcanzó gracias de otro género, que contribuyeron mucho á su aprovechamiento espiritual.

Darémos fin con un hecho que se lee en la vida de la venerable madre María de la Encarnacion. Madama de la Peltrie era una

francesa de virtud eminente. Un día que casualmente vino á sus manos la historia de una mision que habian emprendido los Padres de la Compañía de Jesús entre los salvajes del Canadá, la leyó, y al mismo tiempo se sintió fuertemente inclinada á cooperar á la salud de estas pobres almas. Mientras que meditaba sobre los medios de ejecutar su piadoso designio, fue atacada de una enfermedad grave y tan extraordinaria que los médicos no la comprendian, y solo esperaban su muerte. En tal estado, la piadosa señora no perdió de vista sus santos deseos; Dios mismo, en medio de los dolores de la enfermedad, la fortifica en su resolucion, y le inspira hacer un voto á san José. La enferma sabia que los misioneros habian encomendado la conversion de los pueblos idólatras del Nuevo Mundo á la proteccion del gran Patriarca: ella prometió, pues, si el Santo se dignaba volverle la salud, fundar y dotar á su costa una casa de educacion cristiana para las niñas de esa comarca. Al instante mismo que pronunció su voto la escuchó san José: todos sus dolores, que eran de los mas violentos, desaparecieron en un abrir

y cerrar de ojos; y de una enfermedad hasta entonces tan cruel solo le quedó alguna laxitud. El médico, que la encuentra en este estado tan diferente del de la víspera, entre gozoso y sorprendido la dice: «Madama, ¿qué se han hecho esos dolores tan agudos? ¿á dónde se han ido?...—Señor, respondió ella con gracia, mis dolores acaban de marchar para el Canadá.» No difirió la ejecucion de su voto. Hizo levantar un monasterio en que debian recibirse las jóvenes *canadienses*, y cuya primera superiora fue la madre María de la Encarnacion, destinada por Dios mismo para que realizase esta obra. Mas adelante se le manifestó en una vision que san José era el protector del Nuevo Mundo, y que á su intercesion se debia que ella misma hubiese sido llamada á trabajar por la salud de las almas. Por eso fue que á su nueva casa le dió el nombre de san José, tomando por escudo la imágen de este glorioso Patriarca con el niño Jesús en los brazos.